

MEDICINA

EL PROFESOR PLANELLES

El doctor don Juan Planelles, médico, investigador y maestro ejemplar, ha muerto a la edad de setenta y dos años en la Unión Soviética. Y ha querido ser enterrado en la lejana villa de Ochanchire, cuyo cálido clima le traía el recuerdo de su Andalucía natal. Nació en Jerez de la Frontera en abril de 1900, y heredó la vocación a la Medicina de su padre, médico de dicha localidad. A los veintidós años se gradúa en la Facultad de Medicina de Madrid. Cuatro años más tarde es elegido miembro correspondiente de la Academia de Medicina de Madrid, y merece la medalla de oro por su trabajo «Métodos y técnicas biológicas para la estandarización de los preparados farmacéuticos y biológicos». De 1924 a 1936 trabajará con Straub, en Alemania, y con F. Laquer, en Amsterdam. Vuelto a España, funda y dirige el Instituto de Investigaciones Clínicas de Madrid, en el que desarrolla una ingente labor como investigador y maestro de innumerables médicos, discípulos y colaboradores. Subsecretario de Sanidad durante la segunda República, al estallar la guerra civil consagra toda su actividad a mantener a los niños dentro del mejor marco sanitario y alimenticio posible en aquellas circunstancias. En 1939 se traslada a la URSS, donde inmediatamente es nombrado profesor de Farmacología de la Facultad de Medicina de Saratov, cargo que ejercerá hasta 1942. Colaborador más tarde del Instituto Central de Investigaciones Científicas y jefe de la Sección de Quimioterapia y Patología Experimental del Instituto Gamaleya, ingresará en el Consejo Científico del Ministerio de Sanidad de la URSS, llegando a ser miembro de la Academia de Ciencias Médicas de Moscú.

Sus investigaciones originales en el campo de la patología infecciosa han sido decisivas, pese al hándicap de haber sido publicadas casi totalmente en lengua rusa. Como maestro, primero en España y luego en la Unión Soviética, forma a decenas de especialistas de renombre. Deja una ingente obra escrita sobre temas de su especialidad, en la que se encierra la abnegada e inteligente colaboración de su esposa, doctora Nieves Arnáiz, que domina a la perfección la lengua rusa.

El doctor Planelles visitó España en varias ocasiones. Merece ser destacada su brillante participación en el II Simposio Internacional sobre Antibióticos, celebrado en Valencia el año 1970, ocasión que le sirvió para pronunciar varias conferencias científicas en Zaragoza.

Hombre que supo realizar la síntesis difícil de la ciencia, la honesta fidelidad a sus principios, la generosidad sin límites en el magisterio y el sacrificio de su propia patria, el doctor Planelles descansa ahora en un lugar de la Unión Soviética que, por sus dimensiones y su clima, viene a ser para él como un póstumo regreso a una tierra que jamás dejó de amar.

CUANDO hace unos pocos años se anunció la concesión anual de un Premio Nobel de Economía, supongo que todos los economistas se sintieron profundamente sorprendidos y, algunos al menos, se preguntaron: «¿Por qué?».

Lo que en los círculos tradicionales se llama economía o ciencia económica, y lo que necesariamente esta palabra tenía que significar para quienes concedieran el Premio Nobel en esta disciplina no es, verdaderamente, algo muy importante en el campo del conocimiento científico. De la marcha de la economía depende casi todo en el mundo: las crisis de los gobiernos, los conflictos laborales, los golpes de Estado, el bienestar de los ciudadanos e, incluso, su malestar. Pero de la economía depende sólo un pequeño grupo de personas que se dedican a una parcela del conocimiento de escasa relevancia directa. La economía no es

sorprendente: premiar a dos economistas antes que a nadie, como se desprendía del veredicto hecho público por la Academia de Suecia. El premio de 1969 fue muy cuestionable, por dos motivos: porque, siendo el primero, se concedió a econométricos, y porque la elección de dos nombres dentro del campo de los cultivadores de esta disciplina fue casi absurdo.

La econometría es una rama de la economía que contiene elementos comunes de ésta y de la teoría estadística. Su objetivo es doble: la determinación de los métodos matemáticos a seguir en la especificación y contrastación de los modelos económicos y; en un sentido más amplio, el cálculo y obtención de los valores específicos numéricos que toman los parámetros en modelos aplicados a economías concretas. Si, por ejemplo, se desea saber de qué depende la cantidad demandada de carne, se formula primero una teoría sobre el compor-

REFLEXIONES AL HILO DE UN NOBEL

como la medicina, que salva vidas humanas y prevé epidemias; no es como la biología, la ciencia de la vida; no es como la física, una ciencia casi exacta cuyos conocimientos se han ido gestando a través de un largo proceso que abarca casi la historia de la Humanidad. La economía es, muy por el contrario, una tímida ciencia social que, desde el punto de vista científico, se encuentra notablemente atrasada, y desde el de su aplicación —que es lo esencial—, relativamente desligada de las construcciones teóricas más formalizadas y lógicamente rigurosas.

Pero, aunque el «¿Por qué?» inicial no sea fácil de contestar, lo cierto es que el Premio Nobel está ahí y ha sido concedido ya cuatro veces: Tinbergen-Frisch (1969), Samuelson (1970), Kuznets (1971) y, este año, Hicks-Arrow. Aceptemos, por tanto, la concesión de la recompensa, que es un hecho, e incluso el sentido de la misma en el campo del conocimiento científico en general. Aceptemos también los condicionantes que implica la concesión de un premio de esta clase —tanto geopolíticos, como científicos—, pero, incluso con una dosis de imaginación considerable, subsisten ciertos interrogantes difíciles de contestar: ¿por qué se han concedido hasta ahora los Premios Nobel de Economía en una forma tan sorprendente e injusta?, ¿por qué se ha producido un Nobel tan irritante como el de este año?, ¿por qué se premió a Kuznets en 1971? Lo mejor será empezar por ver quiénes son los primeros galardonados para discutir después el Nobel comparado en 1972.

El primer Nobel fue concedido a dos europeos, J. Tinbergen y R. Frisch, y el sentido de esta recompensa es difícil de comprender, porque supuso una decisión cuando menos tamizamiento de las unidades que la adquieren

(v. g., se obtiene como resultado final que las variables explicativas son el precio de la carne y el nivel de renta de los demandantes), y, después, para determinar si dicha teoría es correcta, compatible con los hechos, se contrasta. La contrastación supone analizar si, con arreglo a la realidad concreta, las predicciones de la teoría se cumplen (v. g., si cuando la renta no varía, una reducción de los precios de la carne hace aumentar la cantidad adquirida), y para ello es preciso estimar los valores numéricos específicos que reflejan la dependencia cantidad de carne-renta-precio (v. g., al variar la renta en un 10 por 100, la cantidad comprada de carne aumenta en un 15 por 100).

Tras esta breve e incompleta descripción del quehacer econométrico surge una pregunta inmediata: ¿por qué premiar a la parte (econométrica) antes que al todo (economía)? Sin menospreciar la importancia esencial de la econometría, nacida hacia 1930 y con una corta tradición, por tanto, frente al campo genérico de la economía, si se ha intentado premiar a econométricos teóricos, el premio ha ido a parar a manos de teóricos de la estadística, y si se ha intentado galardonar a econométricos «aplicados», ha ido a personas que han aplicado teorías elaboradas por contemporáneos que, intuitivamente, tendrían más méritos para recibir el Nobel. Al igual que en química no se premia a químicos industriales —cuyo trabajo es de vital importancia para la ciencia y la sociedad—, ¿por qué el primer Nobel de Economía ha ido a quienes contrastan una teoría en vez de a los que la construyen? Y, en este caso, no sirve el razonamiento trivial de que la economía es una ciencia social en que lo importante es la aplicación, porque sin teoría nada puede aplicarse y porque, en este caso, habría que premiar a los economistas dedicados a la apli-